

GLOSARIO

EN la ciudad de Logroño, en España se ha celebrado el homenaje nacional al gran poeta Gonzalo de Berceo, «padre de la poesía y del idioma de Castilla» según expresan los periódicos peninsulares que dan cuenta de esta fiesta.

Entre todos los poetas del pasado—dijo Benjamín Jarnes—que fué uno de los que hablaron del inolvidable juglar de Santo Domingo, Gonzalo de Berceo, no sólo cronológicamente, sino también por el sentido del arte, debe ser colocado en el primer peldaño en la escala de nuestras veneraciones y entusiasmos.

Añadió luego el autor de «Rúbricas», que otros escritores como Góngora, hablarán sutilmente a nuestra inteligencia; pocos lo harán a nuestro corazón con tanta eficacia como Gonzalo de Berceo. Está más lejos que nadie históricamente; en el orden objetivo está siempre muy cerca de nosotros. Y entiendo por «nosotros» esos hombres sencillos. que aun quedan en el Mundo, capaces de vibrar al compás de un verso».

Berceo es el hombre humilde que no busca en su arte otros aplausos que los aplausos del pueblo. «Berceo—nos dice Ramón Menéndez Pidal—siente humildemente de sí, pues aunque clérigo, confiesa que no es bastante letrado para escribir la lengua de los doctos; sólo sabe algo de latín para entenderlo, y quiere entonces servir de intermediario entre la ciencia de los clérigos y la ignorancia del vulgo, informando a éste final y escrupulosamente de lo que halla en el latín de las vidas de santos, en los tratados piadosos y en los diplomas archivados en los monasterios, sin que al poeta se le ocurra casi nunca hacer alarde de invención personal. El público para quien Berceo escribe es, pues, el mismo para quien cantan los juglares; al público desigual de los iletrados quiere servir el clérigo piadosamente, hablándole en el romance claro y llano, «en el cual suele el pueblo hablar a su vecino»:

«Quiero fer la pasión de señor sant Leurent en romanz, que la pueda saber toda la gent.»

Se trata, pues, de una poesía escrita para el pueblo (pueblo en sentido amplio); por tanto, una poesía popular que, aunque procure ensayar novedad de tema y elevación de lenguaje, no se desvive tras lo extraño y rebuscado.»

Hasta aquí el maestro Menéndez Pidal ¿Para qué intentar ninguna nueva definición de nuestro clérigo después de la copiada? Por lo demás, aquí estoy hablando a convencidos. Y estas líneas no tenían más objeto que el hacer contar la ferviente adhesión mía y del Ateneo de Madrid a esta fiesta literaria y religiosa.

Religiosa—y subrayo—y en el más alto sentido, porque hay una religión libre de todo lazo confesional—la del espíritu—a la cual pertenecemos todos. Gonzalo de Berceo cantó a Nuestra Señora y a sus santos preferidos; esto no podía ser obstáculo para que los más ausentes de los tradicionales ritos se sintiesen ligados, religados, con el ilustre clérigo de San Millán. Ante todo, se trata de quien meció la cuna donde nuestro idioma niño comenzaba—rítmicamente—a pedir un puesto en la historia. Leer a Berceo es asistir a la encantadora lucha de un rapaz con su buena madre. Un nuevo modo de sentir se apunta en el Mundo, que está pidiendo su peculiar lenguaje; el sentir castellano, el sentir español. Un gran pueblo se anuncia y con él un gran idioma.

«Berceo—dijo otro de los que saludaron al poeta riojano, el Delegado del Gobierno, diputado Barriobero—estaba olvidado y era malquisto por la gente de pro, porque no había gustado a los católicos la forma con que Berceo cantó los milagros de la Virgen. A tal efecto, y en relación con esto, citó la cena de los pastores, que se describe en el «Quijote», haciendo ver con ello que la religión del arte es común a todos.

«Ha sido precisa la República, dice, para que se rompa una lanza en pro del vate riojano, y soy yo, como delegado del Gobierno, quien viene a honrar a un fraile, en comunión espiritual del arte.»

De este modo la República ha celebrado al poeta Gonzalo de Berceo, hermanando en una misma reverencia a los católicos y anticatólicos. Es una prueba de que en arte para juzgar los buenos ingenios no caben apreciaciones políticas.



Continúan llegando hasta nosotros los elogios por el N.º 100 de la Revista, esfuerzo valioso en homenaje a nuestra cultura. En «El Mercurio» de Valparaíso, del día 11 de octubre, encontramos las líneas siguientes:

«EL NÚMERO 100 DE ATENEA.—Con un interesante y valioso material de lectura ha aparecido el N.º 100 de la revista mensual, de la Universidad de Concepción, ATENEA.

No puede existir satisfacción mayor para la cultura de un país, que ver llegar una revista de ciencias, letras y artes a su número 100, después de haber realizado una labor cultural que resume todo el desarrollo intelectual de un pueblo durante diez años de existencia.

Y esta satisfacción, que habla muy en alto de sus colaboradores y de su orientación ideológica, constituye un timbre de orgullo para una nación que en muy raras ocasiones se siente inclinada a favorecer las manifestaciones más puras del espíritu.

En sus páginas hemos encontrado siempre los estudios más interesantes y acabados sobre los problemas que apasionan a la opinión ilustrada de la República, y los ensayos más valiosos sobre las orientaciones políticas, económicas e intelectuales del continente americano.

Sus plumas, de reconocido prestigio, constituyen la garantía moral más segura de que su vida próspera, activa, independiente y abierta a todas las ideas y a todas las inquietudes del pensamiento moderno, seguirá su camino ascensional acompañada del respeto de todos y de la justa estimación de que goza hoy día en todos los círculos intelectuales de Chile y de otros países de América.»